



Universidad
Zaragoza

Trabajo Fin de Grado

Una encrucijada de valores. Trayectoria de la
mentalidad samurái a principios del periodo Edo

Autor

Alejandro Valdovín Martínez

Director

Eliseo Serrano Martín

Facultad de Filosofía y Letras. Grado en Historia. 2022

Índice

	<u>Pág.</u>
Introducción	3
<u>Capítulo I: Contexto histórico</u>	
Desenlace del periodo Sengoku (1467-1600)	3
Una nueva era de control absoluto (1600-1868)	6
El cristianismo y el aislamiento del país	9
<u>Capítulo II: Sociedad y cultura samurái</u>	
La pirámide social neoconfuciana	10
La nueva cultura burguesa del placer	12
Los valores y el estatus de los “nuevos” samuráis	14
Las escuelas de artes marciales (ryū)	20
<u>Capítulo III: Filosofía de las artes marciales</u>	
El Zen y la moralidad del bujutsu	23
Dos maestros, una vía	27
Conclusión	31
Bibliografía	32

Introducción

El siguiente trabajo tiene como objetivo analizar los cambios que acontecieron en la mentalidad samurái y en la estructura militar japonesa desde finales del siglo XVI y principios del siglo XVII. Estas fechas coinciden con el desenlace del periodo Sengoku y el comienzo del periodo Edo, cuya transición se inicia con la batalla de Sekigahara en 1600, la cual pone punto y aparte entre estos dos momentos históricos.

La investigación se divide en diez apartados más una conclusión donde se abordan temas como el contexto histórico, la pirámide social, la política de aislamiento del país, el auge de las ciudades y la burguesía, los códigos de conducta que se implantaron en la mentalidad samurái, y el desarrollo de las artes marciales junto a su relación con la filosofía Zen.

Los drásticos cambios entre estas dos eras hicieron evolucionar a toda la sociedad japonesa de manera irreversible. Cómo afectó este giro histórico a Japón en general, y más concretamente a los samuráis, es el interrogante fundamental sobre el que se estructura la información descrita en las nueve secciones.

A modo de presentación del principal protagonista del trabajo, comienzo con la etimología de la palabra samurái. Este término deriva de un antiguo verbo japonés, *saburau*, cuyo significado es ‘servir a un superior’. Fruto de este verbo aparece la palabra *saburai*, que es la persona que realiza esta acción, es decir, un sirviente doméstico de los antiguos nobles.

Hasta ese momento a los antiguos guerreros japoneses se los denominaba *bushi* (武士), *musha* (武者) o *tsuwamono* (兵), palabras que comparten el significado de guerrero. Cuando los guerreros profesionales empezaron a servir a los nobles como fuerza de combate, pasaron a denominarse *saburai*, pues no dejaban de ser sirvientes de sus superiores. Paulatinamente esta palabra perdió su significado original derivando a samurái, haciendo referencia a los miembros de los clanes guerreros (López-Vera 2017, pág. 25).

Capítulo I: Contexto histórico

Desenlace del periodo Sengoku (1467-1600)

A principios del s. XVI Japón estaba sumido en una serie de cruentas guerras civiles. El shogunato, liderado por el clan Ashikaga (足利) en decadencia, no controlaba más que la

capital, *Kyōto* (京都). En este contexto, cada familia buscaba acceder al poder de forma independiente, luchando contra unos clanes, estableciendo alianzas con otros... Este periodo se conoce como Sengoku (país en guerra - 戦国), y es caracterizado por guerras a gran escala que requerían de gran cantidad de tropas de infantería denominadas *ashigaru* (pies ligeros - 足軽). En este momento cualquier campesino podía ser reclutado por su señor y formar parte de la clase militar, conocida como samurái (侍). Las tropas de caballería pasarían a formar las élites del ejército y los caídos en combate a contarse por millares. Durante los 101 años que duró este conflicto nacional, ningún clan consiguió sobreponerse de manera efectiva a los demás, mediante traiciones o alianzas la situación quedaba siempre en un equilibrio de poder constante que no permitió que el conflicto cesara (López-Vera 2017, pág. 112). Alrededor de 1560 unos doscientos *daimyō* (señores feudales - 大名), literalmente “gran nombre”, se dividían el territorio japonés, aunque no siempre de forma equilibrada; había señores con territorios muy extensos y muchos otros con posesiones medianas o pequeñas. Incluso en provincias como la de Kaga se desarrolló un gobierno controlado por los líderes religiosos del templo Hongan, perteneciente a la escuela budista Ikko (Seco Serra 2010, pág. 92).

Poco a poco los clanes fueron siendo menos numerosos, pero más poderosos. Tomar militarmente *Kyōto* pasó a ser el objetivo, el *daimyō* que lo consiguiera podría utilizar al *shōgun* (el rango más alto dentro de la estructura militar feudal japonesa - 将軍) para legitimarse, combatir a los demás clanes, exigir su obediencia y finalmente unificar Japón bajo un poder centralizado. El triunfo de esta gesta pertenece a un *daimyō* que entonces no era de los más importantes, pero que tras una serie de batallas ejemplares y estrategias innovadoras se ganó un lugar en la historia, Oda Nobunaga. En 1568 entró en la capital y hasta el final de su vida fue tejiendo alianzas y sometiendo a diferentes clanes con el objetivo de concentrar el poder. Cinco años más tarde, en 1573, Oda Nobunaga tenía tanto poder que ya no necesitaba la legitimación del *shōgun*, así que le arrebató el poder y terminó con el segundo shogunato histórico de Japón, el Ashikaga, el cual se había perpetuado más de dos siglos desde 1336. (López-Vera 2017, pág. 138).

En 1582, Nobunaga fue traicionado por uno de sus generales, Akechi Mitsuhide, quien asedió el templo donde este residía. Tanto él como su hijo, Nobutada, cometieron el suicidio ritual (*seppuku* - 切腹) antes de ser capturados por los atacantes. La trágica muerte de Nobunaga fue vengada por uno de sus más fieles generales, Toyotomi Hideyoshi. Este personaje es el claro ejemplo de que en esta época no había restricciones a la hora de ascender socialmente, aunque sí limitaciones por la tradicional estructura del clan. Hijo de un campesino, empezó sirviendo como *ashigaru* y llegó a ser uno de los principales generales

del ejército de Nobunaga. Tras la muerte de su señor, y una serie de hábiles estrategias con el nieto de Nobunaga y la familia imperial, consiguió el poder *de facto* del clan Oda (López-Vera 2017, pág. 147).



Figura 1: Estatua de Oda Nobunaga en el parque Kiyosu, Aichi, Japón. Tomada de Wikimedia Commons ([Estatua de Oda Nobunaga](#)) CC BY-SA 4.0

Nobunaga antes de morir había conseguido poner bajo su control 32 de las 68 provincias de Japón, aproximadamente un tercio de la extensión del país. Hideyoshi durante la década de 1580 consiguió unificar finalmente Japón por primera vez en más de un siglo, y estableció una serie de normativas y cambios políticos que cambiarían por completo la historia del país. Lo más resaltable de estas medidas es que la clase social sería a partir de ahora hereditaria, y además los samurái serían los únicos ciudadanos que podrían portar armas y tener apellido (1588) (López-Vera, pag 152). El proceso de separación de clases se fue consolidando mediante la ‘caza de espadas’ (*katana-gari* - 刀狩), con el objetivo de desarmar a la población rural y urbana (Whitney Hall 2010, pág. 138).

Tras la muerte natural de Hideyoshi en 1598, un consejo de cinco regentes asumió el control del país hasta que su hijo, Hideyori, fuera mayor de edad. La tensión por el poder

entre los regentes no tardó en estallar, y se formaron dos bandos principales, uno de ellos liderado por Tokugawa Ieyasu, y el otro por Ishida Mitsunari. Ambos se enfrentaron en la batalla más célebre de la historia japonesa, la batalla de Sekigahara en 1600. El combate terminó con la victoria de Ieyasu y su nombramiento como *shōgun* por parte del emperador, dando inicio en 1603 al tercer y último shogunato de la historia de Japón, el Tokugawa o periodo Edo (江戸), ciudad donde se instaló la nueva capital que siglos más tarde se convertiría en la actual *Tōkyō* (東京). El clan Tokugawa, inaugurado en los albores del siglo, permanecería en el poder hasta 1868, más de 250 años.

Una nueva era de control absoluto (1600-1868)

La principal característica de este gobierno militar fue la sistematización de una serie de leyes que regularon cada aspecto de la sociedad. En el caso de los samuráis, en 1615 se redactó un edicto llamado *Buke Shohatto* (武家 諸法度) en el que se establecían las siguientes normas:

1. Los samurái deberán dedicarse a ejercer las artes propias de su clase, como la arqueología, la esgrima y la literatura clásica.
2. Las actividades relacionadas con el ocio y el entretenimiento deberán mantenerse dentro de unos límites y no deberán implicar unos gastos excesivos.
3. Los feudos no deberán dar refugio a fugitivos y proscritos.
4. Los *daimyō* deberán expulsar a los rebeldes y criminales de su servicio y sus tierras.
5. Los *daimyō* no mantendrán relaciones sociales con gente de otros feudos, sean de clase samurái o no.
6. Los castillos deberán ser reparados cuando sea necesario, pero deberá informarse al *bakufu* (gobierno militar - 幕府) de esta actividad; se prohíbe hacer ampliaciones o innovaciones estructurales.
7. La gestación de revueltas o conspiraciones en feudos vecinos deberá ser comunicada al *bakufu* inmediatamente, así como la ampliación de defensas, fortificaciones o fuerzas militares.
8. Los matrimonios entre *daimyō* y personas poderosas o de relevancia no deberán ser organizados de forma privada.
9. Los *daimyō* deberán presentarse en Edo para servir al *bakufu*.

10. Deberán seguirse las reglas relacionadas con los uniformes formales.
11. Las personas comunes no deberán ser llevadas en palanquín.
12. Los samurái deberán practicar la frugalidad.
13. Los *daimyō* deberán seleccionar a los hombres más hábiles para trabajar como administradores y burócratas.

Resumiendo, es un control absoluto de los movimientos de los *daimyō* y sus feudos ya que no podían tener gastos excesivos, ampliar su fuerza militar, relacionarse con gente de otros feudos, estaban obligados a actuar como “espías” de los feudos colindantes y se les prohibía casarse sin notificar al *bakufu* (López-Vera 2017, pág. 197).

Posteriormente el *Buke Shohatto* se fue ampliando y matizando, y el artículo 9 ganó importancia ya que se creó un sistema denominado *sankin kōtai* (参勤交代). Este sistema establecía que los *daimyō* deberían tener una residencia en Edo en la cual residirían en años alternativos con su feudo. Para los *daimyō* que estuvieran más alejados de Edo esto se aplicaba cada tres años, y para los que estuvieran más cercanos cada seis meses. En las posesiones de Edo debían vivir permanentemente sus esposas e hijos, lo que con el tiempo causó que los descendientes de los clanes vieran Edo como su casa, y al *bakufu* como un gobierno conocido y cercano, de esta manera disminuirían las conspiraciones y las revueltas. Además el viaje del *daimyō* a Edo debía costearlo el propio *daimyō*, lo cual ajustaba mucho su capacidad económica para posibles planes contrarios al *bakufu* (López-Vera 2017, pág. 200).

A cambio de todas estas medidas restrictivas, los *daimyō* gobernaban de manera absoluta sus tierras, es decir, el *bakufu* se encargaba de un control a escala nacional, y los *daimyō* a un nivel más regional. Además de que estos terratenientes eran poseedores de todos los beneficios de su feudo, no tenían que pagar tributos al *bakufu* a excepción del servicio nacional, un impuesto que servía para, por un lado, debilitar económicamente a los señores más prósperos, y por otro para construir edificios u obras públicas importantes como los castillos shogunales de diversas provincias (Whitney Hall 2010, pág. 155). Cada feudo (*han* - 藩) podía tener un castillo, residencia del *daimyō*. Desde aquí se ejercía el control sobre el territorio. Alrededor de estos castillos se formaron las nuevas ciudades donde se fueron agrupando comerciantes, artesanos y samuráis (López-Vera 2017, pág. 206).



Figura 2: Vista vespertina del barrio Saruwaka-machi, de la colección *cien famosas vistas de Edo*, del autor Utagawa Hiroshige en 1856. Tomada de Museum of Fine Arts, Boston, Massachusetts, Estados Unidos (<https://collections.mfa.org/objects/534032>).

El cristianismo y el aislamiento del país

A pesar de los intentos de Tokugawa Ieyasu de desarrollar el comercio exterior, el temor por mantener la estabilidad fue la causa de las primeras pautas para la política de aislamiento del país (*sakoku* - 鎖国) (Whitney Hall 2010, pág. 169). A esto se sumó también un factor externo de inestabilidad: el cristianismo. Esta religión extranjera había llegado a Japón a mediados del s. XVI de la mano de muchos jesuitas como San Francisco Javier, a los que posteriormente se unieron dominicos y franciscanos. Uno de los problemas del cristianismo en Japón fue que se extendió principalmente en la isla de Kyūshū (九州), la más occidental del archipiélago japonés, lo que provocó que para el gobierno central fuera costoso y difícil controlarlo. Añadido a esto, con la subida al poder de los Tokugawa, los señores que habían ido en contra de Ieyasu en la batalla de Sekigahara, o simplemente habían mostrado desacuerdo con su ascenso (llamados *daimyō tozama* - 外様), fueron asignados a feudos lejanos de la capital, coincidiendo con algunas provincias de la isla de Kyūshū. De esta manera algunos de los *daimyō tozama* se convirtieron al catolicismo, desarrollando el comercio y la economía de su feudo. Hasta algunos *daimyō* favorables al *bakufu* (*fudai* - 譜代) también se convirtieron al cristianismo.

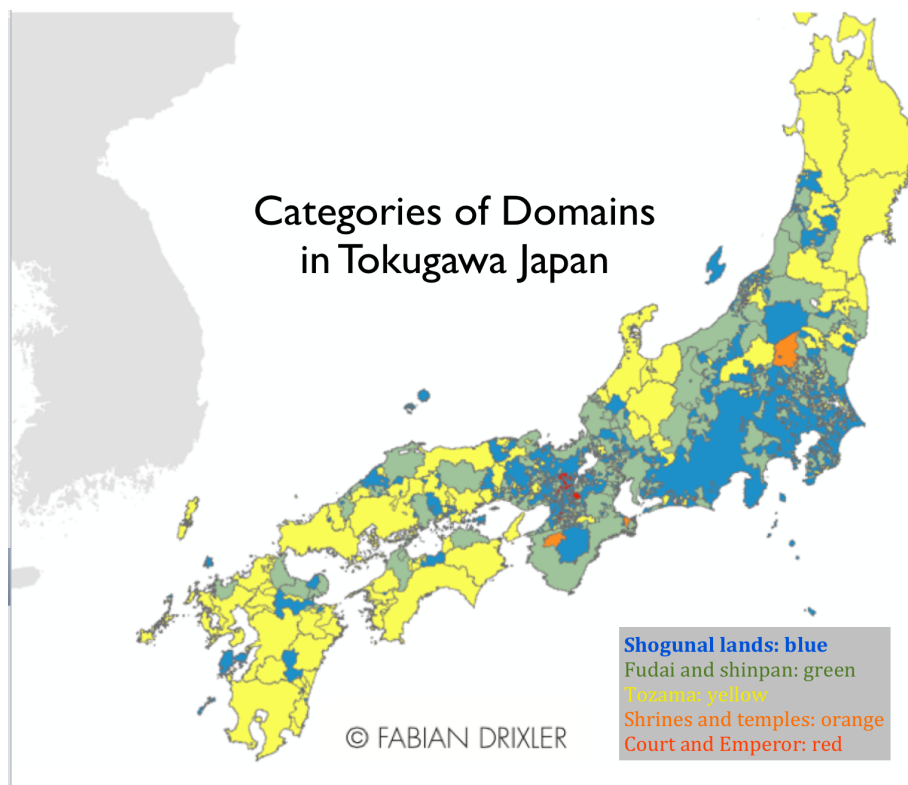


Figura 4: Dominios de los *daimyō fudai*, *daimyō tozama* y el *shōgun* a principios del siglo XVII. Tomada de Digital Tokugawa Lab, por Fabian Drixler (<https://dtl.macmillan.yale.edu/>).

En 1587 Toyotomi Hideyoshi ya había promulgado un edicto contra el cristianismo, y aunque no fue muy efectivo sirvió de base legal para que los Tokugawa acabaran definitivamente con esta religión. En 1616 el comercio exterior se restringió a los puertos de Nagasaki y Hirado, en 1622 se ejecutó a 120 misioneros y conversos, y en 1624 los españoles fueron expulsados de Japón. La política de aislamiento de Japón se hizo cada vez más efectiva a partir de 1635 con la restricción de no poder salir del país bajo pena de muerte, la misma para cualquier extranjero que pisara suelo japonés (Whitney Hall 2010, pág. 171). Tras un último episodio acontecido en el año 1638, en el que alrededor de 20.000 rebeldes cristianos tomaron el castillo de Shimabara, en Kyūshū, el cristianismo quedó definitivamente condenado (Whitney Hall 2010, pág. 172). Si bien es cierto que la política de aislamiento no permitió el desarrollo económico del país, aseguró su estabilidad política y su auge cultural por los siguientes 200 años.

Capítulo II: Sociedad y cultura samurái

La pirámide social neoconfuciana

Con la restricción impuesta por Toyotomi Hideyoshi de que la clase social ahora era hereditaria, se estableció un nuevo orden jerárquico basado en el modelo chino clásico del confucianismo. El confucianismo es una filosofía para el control del pueblo que pone atención en los asuntos políticos y sociales, fue creada alrededor del siglo V a. C. por el pensador chino Confucio y sus valores fueron aplicados por la mayoría de las dinastías imperiales chinas. La interpretación neoconfuciana del shogunato Tokugawa defendía una jerarquía natural de la sociedad en la que todo individuo debe ocupar el puesto que se le ha asignado y así cumplir su misión en la vida. Estos ideales contribuyeron a la separación en clases y a estandarizar unos comportamientos y normas específicas para cada estrato.

El confucianismo respaldó al nuevo orden político como un absolutismo responsable, en el que los dirigentes tenían el compromiso de guiar y proteger al pueblo gracias a sus dotes y virtudes como gobernantes (Whitney Hall 2010, pág. 168). De este modo se fue

desarrollando una nueva imagen de los samurái como caballeros (*shi* - 士) e intelectuales junto a nuevos valores de lealtad al orden público y a la familia (Whitney Hall, pag 169). En una época de inestabilidad, los samuráis pudieron gobernar de manera autoritaria gracias a la magnitud de los conflictos. Pero cuando llegó la calma, la amenaza de la guerra no fue suficiente e hizo falta el confucianismo para dotar de legitimidad moral a un gobierno militar en tiempos de paz. La antigua tradición guerrera del *bushi* (guerrero - 武士) contrastó de lleno con el ideal del buen gobernante como caballero. Los samuráis no dejaron atrás sus costumbres marciales, pero poco a poco se volvieron cada vez más rutinarias frente al auge de la cultura intelectual (Whitney Hall 2010, pág. 179).

En esta nueva jerarquía, los letrados ocupaban la clase más alta, en el caso de Japón los samuráis, seguidos por los nobles y religiosos. Entre los no privilegiados, primero estaban los campesinos (*nōmin* - 農民), luego los artesanos (*kōmin* - 公民) y luego los comerciantes (*shōnin* - 商人). También encontramos a los *eta* (穢多) y los *hinin* (非人) que ni siquiera pertenecían a la pirámide social. Los *eta* eran las personas que tenían trabajos considerados impuros como matarifes, curtidores, funerarios, trabajadores del bambú, verdugos, carceleros... Los *hinin* (literalmente no-humanos) eran los mendigos, prostitutas, criminales, adivinos, entretenedores ambulantes... (López-Vera 2017, pág. 206).

TABLA 3
ESTRUCTURA DE LAS CLASES DE
LA SOCIEDAD TOKUGAWA



Figura 3: Pirámide social en la era Edo. Tomada de *Los secretos del samurái* (pág. 71), por O. Ratti y A. Westbrook, 1994.

Dentro de la clase samurái también había diferentes rangos. En el más alto estaban los *hatamoto* (旗本), que incluía a los *daimyō*; los de rango medios se denominaban *hirazamurai* (平侍), que eran alrededor de la mitad; y por último los samuráis de rango bajo eran subdivididos en *ashigaru*, samuráis de señores menores o samuráis rurales.

El campesinado conformaba el ochenta por ciento de la población, socialmente estaban por encima de artesanos y comerciantes debido a que eran la base de la economía nacional, pero realmente estaban en condiciones muy duras, no podían abandonar sus tierras en ningún momento de su vida ni vender los cultivos, vivían prácticamente como siervos de su señor feudal.

Los artesanos y los comerciantes fueron trasladados a las ciudades. Ocupaban posiciones bajas en la escala social, ya que desde la perspectiva confuciana no producían beneficio para la sociedad, solo para ellos mismos. A pesar de esto fueron los mercaderes los que más crecieron económicamente a lo largo de la época Tokugawa, y gracias al dinero algunos podían costearse privilegios que incluso algunos samurái de rango bajo no se podían permitir (Junqueras et al. 2012, pág. 198).

La nueva cultura burguesa del placer

Durante la gran paz (*taihei* - 太平) se desarrolló considerablemente la educación de la sociedad. En el siglo XVII la cultura comenzó a expandirse desde las élites y el ámbito sacerdotal a todo el estrato samurái y a los sectores más pudientes del campesinado y del mundo urbano. El establecimiento de urbes permitió que la educación alcanzara a mucha más población (Whitney Hall, pag 164). A su vez, junto a la consolidación de las ciudades se fue conformando una clase comparable a la burguesía europea, los *chōnin* (personas de ciudad - 町人), que incluía a los comerciantes, artesanos y campesinos ricos, con una visión más enfocada a la recreación y los pasatiempos en comparación con el formalismo y el refinamiento metafísico samurái (Whitney Hall 2010, pág. 196).

Este pensamiento se manifestó en el concepto de *ukiyo* (浮世), el mundo flotante. En el plano filosófico este término transmite la idea de impermanencia y transitoriedad de la vida. Expresado con una metáfora de un autor de la época, Asai Ryōi: «una calabaza hueca que se pierde río abajo». En el plano físico se tradujo en la creación de barrios de placer que comenzaron a ser parte de todas las ciudades (Seco Serra 2012, pág. 134). Estas áreas metropolitanas se denominaron ‘distritos sin noche’ y aunque estaba mal visto que los

samuráis accedieran a ellos, muchos de ellos se quitaban las espadas y entraban de manera clandestina a un mundo donde el rango y el nivel social eran irrelevantes. La figura principal de estos ambientes eran las *geisha* (芸者), personas diestras en las artes de la representación, descendientes de ramas aristocráticas que ahora abrían este nuevo ámbito de la diversión y el entretenimiento a la población general (Whitney Hall 2010, pág. 208).

En una sociedad donde la vida cotidiana estaba tan institucionalizada, el ambiente que proporcionaban las *geisha* servía de distracción ante la pesadez rutinaria, es decir, funcionaban como una especie de vía de escape ante las rígidas estructuras sociales confucionistas, y a pesar de estar sometidos a una gran vigilancia por parte del *bakufu*, se permitían (Seco Serra 2012, pág. 134). Paralelamente, la cultura *chōnin* produjo sus propias formas de arte derivados de este mundo como los relatos del mundo flotante (*ukiyo zōshi* - 浮世草子), pinturas del mundo flotante (*ukiyo-e* - 浮世絵), teatro de marionetas (*ningyō jōruri* - 人形浄瑠璃) y el teatro escénico (*kabuki* - 歌舞伎) (Whitney Hall 2010, pág. 211).



Figura 5: *Geisha* acompañando a hombres en una comida. Del autor Kubo Shunman entre 1784 y 1786. Tomada de Library of Congress, Washington D. C., Estados Unidos (<https://www.loc.gov/item/2008661132/>).

Los valores y el estatus de los “nuevos” samuráis

Los samuráis constituían en torno al seis por ciento de la población total. El periodo de paz de la época Tokugawa dejó inactivos a los samurái desde un punto de vista bélico, muchos samuráis se encargaron de trabajos burocráticos o administrativos, mientras que unos pocos siguieron manteniendo actividades militares o policiales. Muchos otros no tenían ninguna tarea concreta y vivían del estipendio público que tenían todos los samuráis. Algunos de ellos comenzaron a dedicar su tiempo a estudiar los textos clásicos confucianos y poco a poco se fue estableciendo una alta élite samurái más semejante a una clase ilustrada cortesana que guerrera, rodeándose de grandes lujos y practicando caligrafía, pintura, poesía o la ceremonia del té, imbuidos a su vez por el espíritu budista del Zen (López-Vera 2017, pág. 207).

En palabras del autor John Withney Hall: *“Los samurái entraron en el siglo XVII, en gran parte, como una clase de guerreros rudos e iletrados, y dejaron el siglo ya como una clase razonablemente culta y culturalmente refinada, dedicada a los problemas de la administración civil.”* (Whitney Hall 2010, pág. 178).

Es aquí cuando se empieza a forjar la imagen clásica del samurái que popularmente se ha extendido al resto del mundo. Muchos autores consideraron que la labor del samurái en un mundo de paz era servir de ejemplo a la sociedad, resaltando los valores que tradicionalmente se han asociado a la ética del samurái: rectitud (*gi* - 義), coraje (*yū* - 勇), compasión (*jin* - 仁), respeto (*rei* - 礼), honestidad (*makoto* - 誠), honor (*meiyo* - 名誉) y lealtad (*chūgi* - 忠義) (Seco Serra 2012, pág. 152).

Según un autor del siglo XVIII, Saito Totsudo, cuando Ieyasu accedió al poder vio de manera lamentable cómo desde la era Muromachi (1336-1573) muchos vasallos habían asesinado a su señor y muchos hijos habían matado a sus padres. Por este motivo fomentó el estudio y la aplicación del confucianismo, dando lugar a una era de paz en la que el papel de los samuráis se redefinió desde concepciones de liderazgo moral, preparación para los puestos consultivos, desarrollo de la ética, valores sociales y de civismo, nobleza de carácter, etc... No obstante, la instauración de una época de tranquilidad bélica anunciaba la debilidad en las cuestiones militares, algo que causó una encrucijada entre los valores civiles y marciales. En este debate interno entre la eficacia estratégica o la lealtad marcial no fueron pocos los autores que reflexionaron y dieron su visión (Cleary 2009, pág. 21).

Uno de los autores clave para resolver este dilema de valores fue Yamaga Sokō, quien lidió con el problema de cultivar los valores de guerra y paz en una personalidad integrada.

Yamaga Sokō, como samurái del siglo XVII que era, fue educado bajo los preceptos neoconfucianos del buen caballero como dirigente. Para él, la lógica del estudio consistía en autorrefinarse para poder corregir a otros, y así aportar orden y paz a la sociedad. En sus escritos expresa que tanto la ciencia política y militar, como la meditación y el sosiego son la base de la ilustración de la casta militar (Cleary 2009, pág. 40).

En uno de sus escritos principales llamado *El camino del caballero* (*shidō* - 士道) hace una primera valoración sobre la posición del samurái en la jerarquía social del periodo Edo:

Los seres humanos, que no dejan de reproducirse, pueden producir alimentos mediante la agricultura, o crear herramientas y mercancías a través de la industria o afrontar las necesidades del mundo gracias al comercio. Así pues, la agricultura, la industria y el comercio aparecen invariablemente juntos.

No obstante, el samurái se alimenta sin trabajar la tierra, utiliza lo que no fabrica y gana sin utilizar el comercio. ¿Cómo es posible?

(...) Soy uno de esos samuráis que no trabaja la tierra, fabrica ni comercia. Debe existir una labor para el samurái. Alguien que se alimenta sin tener un trabajo podría llamársele holgazán.

(...) ¿Cómo es, entonces, que los guerreros carecen de ocupación? Para responder a esta pregunta basta con examinar la labor de un caballero, y el papel de este resultará evidente.

(...) Por lo general, el papel de los caballeros radica en ser aplicado, totalmente leal en el desempeño del servicio público para un soberano, fiel a los amigos, e individualmente circunspecto, concentrándose en el deber. (...) Los guerreros se concentran en este sendero excluyendo la agricultura, el artesanado y el comercio, castigando prontamente a cualquiera de entre las tres clases civiles que perturbe las normas sociales, de manera que las reglas naturales se acaten en todas partes. Eso significa que los caballeros han de tener virtudes tanto culturales como marciales, al igual que pericia.

(...) Así, las tres clases civiles los toman de manera espontánea como ejemplo, respetándolos y siguiendo sus instrucciones. Así es como se cumplimenta el camino de la caballería; así te ganas el alimento, la indumentaria y la vivienda, y estás tranquilo mentalmente, pues todo ello puede recompensar mientras tanto la benevolencia del soberano y la generosidad de tus padres. (Cleary 2009, págs. 47-49).

En síntesis, el texto defiende la valía de la clase samurái en el mundo, argumentando que aunque es una clase social que no trabaja, no produce y no comercia, cargan con una gran responsabilidad al tener que ser el modelo de conducta de toda la sociedad. Esta vía de comportamiento defiende el convertirse en personas cultas y refinadas para contribuir al bien público, cultivando el carácter y un corazón justo mediante la introspección y la autodisciplina, a la par que desarrollar las habilidades marciales.

Yamaga Sokō da gran importancia a los modales dignos apoyándose en textos clásicos chinos de la tradición confuciana como *Clásico de los modales* o *Documentos antiguos*, escritos que sistematizan muchísimos aspectos de la vida cotidiana como qué comer y beber (apelando a la frugalidad), cómo debe ser la casa de alguien noble, cómo se ha de hablar, cómo cuidar la apariencia externa (habiendo antes trabajado interiormente), hábitos correctos de sueño y de lectura, etc... Y sobre todo ser personas con un buen talante, eliminando tanto el exceso como la carencia.

En épocas pasadas, los samuráis, que todavía no eran una clase cerrada, habían sido denunciados por los nobles de la época de ser enemigos del estado, ya que “*hacían uso ilegal del poder y de la autoridad, formaban federaciones, practicaban técnicas militares diariamente, reunían y entrenaban a hombres y caballos con el pretexto de ir a cazar, amenazaban a los gobernadores de los distritos, saqueaban al pueblo, violaban a las jóvenes y a las novias, robaban ganado y lo utilizaban en beneficio propio, interrumpiendo así el trabajo del campo.*” (Leonard, pág. 55. Cita en Ratti y Westbrook 1994, pág. 95).

Con esta trayectoria, durante la época Tokugawa, los samuráis eran vistos o bien con pura admiración por los valores que representaban, o bien con total desprecio por ser instrumentos mortales del poder. Este conflicto derivó de la situación histórica en la que se encontraban: una clase guerrera que había tenido que adaptarse a una nueva y rígida estructura de paz. Este antagonismo de valores muchas veces se manifestaba en muestras de desprecio y desdén hacia el resto de clases, actos claramente ligados a la sensación parasitaria y de inutilidad de un guerrero en tiempos de calma. Además “*el número creciente de samuráis descontentos o despreocupados reavivaron algunas llamas apagadas. Las proezas marciales podían ser utilizadas (como siempre) para propósitos desenfrenadamente criminales, sobrepasando ampliamente la línea divisoria entre la competición caballeresca y la violencia política.*” (Cleary 1992, pág. 160). Incluso un refrán de la época decía «¡Sacerdotes y guerreros: perros y animales!». No obstante, durante la era Edo los samuráis tenían un estatus social que mantener, y no se permitía que ninguna persona de menor rango

social les faltara el respeto en cualquier situación. Las leyes de la época permitían que cualquier samurái que se hubiera sentido ofendido por otra persona inferior tenía derecho de recuperar su honor matándola en ese mismo instante, acto conocido como *kirisute gomen* (切り捨て御免), ‘perdone si le dejo aquí cortado’ (Ratti y Westbrook 1994, pág. 106).

Durante los siglos previos al régimen Tokugawa, los samuráis de rangos altos (señores feudales y jefes de distintos clanes) fueron los únicos que consiguieron acceder a la educación propia de la nobleza imperial (*kuge* - 公家), en la cual se incluía el estudio de los clásicos chinos, derecho, caligrafía, matemáticas, política, medicina, etc... Estos samuráis de rangos altos comprendieron que el estudio de todas estas disciplinas era la base para un pensamiento individual y racional, capaz de generar decisiones y evaluaciones independientes en cualquier situación. Conscientes de esto, los señores y jefes se esforzaron por mantener todos estos conocimientos alejados de sus subordinados, los samuráis de clase baja, para que pudieran seguir cumpliendo los objetivos que les mandaban y no otros.

Aun dentro de la clase samurái en su totalidad (*buke* - 武家) el acceso a la educación se restringía conforme disminuía el prestigio. A comienzos del siglo XVII, los samuráis inferiores estaban educados exclusivamente en la lealtad hacia sus superiores.



Figura 6: Un joven erudito samurái. Del autor Kobayashi Kiyochika en 1886. Tomada de The Japanese Art Open Database ([The Japanese Art Open Database](#)).

Durante la era Edo se abrieron centros de educación exclusivos para los hijos de los *daimyō*, en los que también se enseñaba el principio de lealtad directa con su señor, en este caso el *shōgun*. La educación comenzaba desde los ocho años de edad, y en la mayoría de escuelas las mañanas se dedicaban al estudio de las disciplinas literarias (*bun* - 文) y las tardes a las técnicas militares (*bu* - 武) (Ratti y Westbrook 1994, pág. 117). También se abrieron escuelas para los samuráis de rangos inferiores, y aunque su calidad de instrucción era incomparable a las anteriores, destacaban en el estudio de la aritmética y la escritura. Gracias a estas habilidades, el oficio de calígrafo era considerado el más alto dentro de los rangos bajos de los *buke*. Por el contrario, la instrucción en las prácticas militares fueron las principales afectadas por la paz prolongada, dándose un proceso de decadencia debido a que las vidas de los samuráis ya no dependían de sus habilidades marciales como en épocas anteriores (Ratti y Westbrook 1994, pág. 120).

Esta brecha intelectual dentro de la clase samurái también se manifestó en el ámbito social. Durante el periodo Tokugawa llegó un punto en el que la diferencia entre rangos altos y bajos dentro de los *buke* era tan insalvable que ni siquiera se permitían los matrimonios entre personas de distinto estatus. De este modo, los samuráis de categorías inferiores comenzaron a relacionarse cada vez más con la clase comerciante, que dentro de los plebeyos era la más adinerada. Los lazos matrimoniales entre estos dos mundos eran mucho más frecuentes, y además beneficioso para ambas partes ya que la familia samurái lograba un nivel económico mayor, y la comerciante accedía al linaje samurái. En consecuencia, las técnicas militares y la disciplina marcial que habían caracterizado exclusivamente a los guerreros se expandió hacia el mundo civil, creando una sociedad de guerreros que, en 1868, conformó el grueso del ejército imperial durante la restauración Meiji, en contra de los antiguos samuráis de posición elevada que se oponían fuertemente a la caída del último shogunato histórico de Japón (Ratti y Westbrook 1994, págs. 124-126).

La ética militar japonesa perduró en la mentalidad colectiva hasta la Segunda Guerra Mundial, cuando según el autor Robert Leckie se vio “*el horror del Bushidō* (nombre con el que actualmente se conoce a la ética samurái de la era Edo - 武士道)”, manifestándose en suicidios en masa por parte de civiles antes de ser capturados y generales que se quitaban la vida mediante *seppuku* tras haber decapitado a sus subalternos. Para los militares japoneses

las condiciones de la rendición siempre han sido un insulto, un samurái no se podía rendir, solo se podía matar él mismo (Ratti y Westbrook 1994, pág. 101).

Esta lealtad incondicional al emperador durante los siglos XIX y XX era un reflejo del compromiso que tenían los subordinados militares con sus amos durante la época feudal japonesa. Además del suicidio para acompañar a su dirigente en la muerte (*Junshi* - 殉死), la venganza era también parte de esta cultura. Un antiguo precepto confucionista decía que nadie debería vivir bajo el mismo cielo que el asesino de su padre, en este caso de su señor.

Tan extendida se hizo la práctica de suicidarse cuando fallecía su líder, que en 1663, durante el mandado del cuarto *shōgun* Tokugawa, su prohibición fue incluida en una de las revisiones del *Buke Shohatto*. Si bien es cierto que esta práctica se siguió cometiendo, también lo es el hecho de que no todos los vasallos seguían a su señor a la muerte cuando este fallecía. Los guerreros sin amo eran conocidos como *rōnin* (hombres ola - 浪人), un término negativo en la época pues estaba mal visto que un guerrero no tuviera lazos de lealtad con un señor, sobre todo si el samurái en cuestión había dejado de servir a su líder por un crimen que había cometido o por no haber cumplido alguna de sus misiones encomendadas. Muchos de estos *rōnin* se ganaban la vida viajando por el país enseñando sus habilidades marciales, y muchos otros se volvían mercenarios o bandidos. La historia japonesa más insigne sobre lealtad y venganza en la era Edo es la de los 47 *rōnin*. En este suceso se relata cómo el asesinato de un señor deja sin líder a 47 samuráis que deciden vengarse, y aunque tras conseguirlo la justicia les condena a pena de muerte, su acto de lealtad es reconocido y se les permite suicidarse mediante *seppuku* (López-Vera 2017, pág. 264).

Todo este desprecio hacia la muerte, cuya fuente principal es el budismo Zen, es la base de toda la filosofía samurái. Los guerreros japoneses eran entrenados desde jóvenes para superar el miedo al deceso y así poder cumplir cualquier objetivo que su señor les ordenara, incluido el suicidio ritual. El *seppuku* también era conocido de manera más vulgar como *harakiri* (corte en el abdomen - 腹切り), ya que la parte baja del abdomen (*hara* - 腹) se consideraba el centro de la vida y la fuerza de las personas. Un primer corte de izquierda a derecha tenía como objetivo cortar los nervios de la espina dorsal, y un segundo corte hacia arriba iba dirigido hacia la aorta. Siempre que se podía y para asegurar una muerte rápida, un asistente (*kaishakunin* - 介錯人) acompañaba el acto y se aseguraba de decapitar a la otra persona de manera elegante para no prolongar su sufrimiento (Ratti y Westbrook 1994, pág. 103).



Figura 7: El general Akashi Gidayū escribiendo un poema de muerte antes de realizar *seppuku*. Del autor Tsukioka Yoshitoshi publicada en 1890 y perteneciente a la serie de grabados *Cien aspectos de la luna* (*tsuki hyakushi* - 月百姿). Nota: Akashi Gidayū, uno de los generales de Akechi Mitsuhide, fue derrotado en 1582 por las tropas de Toyotomi Hideyoshi en la batalla de Yamazaki, lo que causó el posterior fin de su líder. Tomada de Portland Art Museum, Oregón, Estados Unidos (<http://portlandartmuseum.us/mwebcgi/mweb.exe?request=record:id=20175:type=101#>).

Las escuelas de artes marciales (*ryū*)

Aunque los cuerpos policiales ya existían desde épocas muy anteriores, fue durante el periodo Tokugawa cuando se sistematizó y se elevó la eficacia de la policía de manera nunca vista anteriormente. Muchos samuráis pasaron a formar parte de los cuerpos de seguridad del estado y, progresivamente, una extensa red de controles policiales se fue conformando por

todo Japón desde Edo. Los oficiales y sus ayudantes dedicaron muchos esfuerzos a desarrollar técnicas marciales para asegurar el cumplimiento de la ley. Esto muchas veces implicaba enfrentarse a criminales armados o tener que arrestar a ciudadanos de rango superior a ellos sin prácticamente herirlos. Para estas delicadas tareas se crearon y utilizaron distintos tipos de armas como el puñal ahorquillado (*jitte* - 十手), el palo con pinchos (*sode-garami* - 袖搦) o la clásica cadena con pesas en ambos extremos (*manriki-gusari* - 萬力鏈), todas estas con el propósito de someter y capturar al criminal (Ratti y Westbrook 1994, pág. 168).



Figura 8: *Jitte* del periodo Edo, en el Museo de la Universidad Meiji, Tokyo, Japón. Fotografía tomada de Flickr por eridanus ([Foto en el perfil de Flickr](#)).

El estudio y la práctica de las técnicas con estas armas y con todas las existentes, incluso técnicas del combate sin armas conocido como *jūjutsu* (柔術), se realizaba en los centros de instrucción marcial denominados *ryū* (escuela/estilo - 流). Por supuesto, ninguna persona del grupo social de los no privilegiados (*heimin* - 平民) tenía permitido entrenar en este tipo de escuelas, aunque en realidad muchos comerciantes ricos dedicaban algún espacio de su vivienda para la formación clandestina en las artes marciales bajo un maestro reconocido, algún *rōnin* que accedía a enseñar sus conocimientos o incluso criminales diestros en el manejo de algún arma, mezclándose así el entrenamiento de las artes marciales por parte de los *heimin* con el mundo el hampa (Ratti y Westbrook 1994, pág. 180).

Hasta finales del siglo XVI, el ideal del samurái que predominaba en las *ryū* era el del guerrero ecléctico, capaz de manejar distintas armas y adaptarse eficazmente a la realidad cambiante de la batalla. Sin embargo, durante el periodo Tokugawa este ideal se transformó hacia la superespecialización, es decir, se valoró más a un guerrero experto en una disciplina de combate específica que a uno multifacético (Ratti y Westbrook 1994, pág. 184). Otro cambio esencial dentro de las *ryū* fue la calidad de la instrucción. Este factor varió de manera considerable con la llegada de la gran paz debido a que en épocas de lucha constante la educación marcial debía ser lo más real posible para hacer frente a las adversidades de la guerra. Después de 1600, el *bujutsu* (artes marciales - 武術) “se convirtió principalmente en una tradición romántica” (Ratti y Westbrook 1994, pág. 188), pasando a tener un carácter mucho más formalista en el que el entrenamiento para el combate prácticamente sustituía al propio combate.

Las *ryū* más importantes durante la etapa feudal japonesa siempre fueron las de esgrima (*kenjutsu* - 剣術). A pesar de que el arte del tiro con arco (*kyūjutsu* - 弓術) fue la actividad primordial de los antiguos samuráis, con el tiempo se reservó para los guerreros de rangos más altos, y el manejo de la espada se extendió a toda la clase de los *buke* por la distinción social que otorgaba portarla, la mitología relacionada con ella, el valor asociado a una hoja de calidad y el prestigio de los forjadores, etc... Japón desarrolló un culto a la espada (*katana* - 刀) incomparable a cualquier otra cultura del mundo. Desde pequeños, a los niños samuráis se les vinculaba con la *katana* mediante una serie de rituales de edad, en el que el más importante era el *genbuku* (元服). En este momento el joven pasaba a ser reconocido como un hombre y se le entregaban sus primeras espadas reales, además de su primera armadura y el derecho a peinarse como un adulto. A partir de entonces se esperaba de él que se formara para servir a su clan sin descuidar el entrenamiento en el *kenjutsu* (Ratti y Westbrook 1994, pág. 286).

Durante la época Tokugawa se prohibieron los duelos a muerte, los cuales eran bastante comunes para demostrar la valía de una escuela frente a otra, y se reguló el entrenamiento del *kenjutsu* para evitar accidentes dentro del *dōjo* (道場), el lugar de práctica de las artes marciales. Entre algunas medidas se restringió el uso de espadas reales, se favoreció el uso de espadas de madera (*bokken* - 木剣) y se popularizó el uso de una armadura adaptada de los elementos básicos de las reales.



Figura 9: Profesor de *kendō*, de la serie *Ocupaciones en la Era Showa* (1926-1989). Del autor Wada Sanzo (1883-1967). Tomada de The Japanese Art Open Database ([The Japanese Art Open Database](http://www.japanesearchive.org/)).

Con la llegada de la paz en la era Edo, las luchas a gran escala pasaron a convertirse en refriegas espontáneas en las calles que solían terminar con muertos o desórdenes sociales. Si un samurái era objeto de estas escaramuzas cotidianas o se veía envuelto en ellas, tenía poco tiempo para sacar su espada y decidir cómo actuar. De esta manera se desarrolló una subespecialización del *kenjutsu* conocida como *iai-jutsu* (居合術), en la que el desenvaine de la propia espada ya iba dirigido a asestar un corte rápido y mortal contra uno o varios oponentes que estaban decididos a atacar (Ratti y Westbrook 1994, pág. 308).

Capítulo III: Filosofía de las artes marciales

El Zen y la moralidad del *bujutsu*

Desde su introducción en Japón, la escuela budista Zen (en contraposición con otras escuelas budistas que penetraron en Japón como la Tendai o la Shingon, más relacionadas

con la aristocracia que con la clase militar) fue la base del pensamiento samurái gracias a su énfasis en la autotranscendencia y la aceptación de la muerte. Así, el budismo Zen fue la semilla principal de la educación neoconfuciana de los guerreros ya que siempre estuvieron muy relacionados, pues todos los grandes pensadores chinos neoconfucianistas tuvieron de base la escuela budista Chan, la precursora china del Zen (Cleary 2009, pág. 30). Este trasfondo filosófico siempre estuvo relacionado a su vez con la práctica de las artes marciales. Durante la época Tokugawa estas fueron transformadas en “*artes terapéuticas*” con el objetivo de expresar y reconducir la agresividad humana al margen del gobierno y de la sociedad. “*Las antiguas conexiones zen del bushidō inclinaron a las artes marciales hacia la filosofía budista y la automaestría y, circunstancialmente, también hacia su ética. En el lenguaje budista tántrico, utilizar “instrumentos de mal agüero” para realizar una buena obra se llama “servirse de una espina para sacar otra espina”*” (Cleary 1992, pág. 159).

Durante el periodo Sengoku, los sacerdotes y monjes budistas se entrenaban en el manejo del arco, la espada y sobre todo la lanza, siendo una fuerza militar que en muchas ocasiones demostró ser igual o más efectiva que los propios samuráis. Entrada la época Edo, con las medidas restrictivas del shogunato Tokugawa los monasterios quedaron bajo un exhaustivo control, aunque siguieron desarrollando las artes militares bajo una estricta vigilancia. A muchos de estos monjes se les consideraba expertos no por su manejo técnico de un arma particular, sino por sus teorías basadas en el Zen y su desarrollo de capacidades mentales tales como la concentración o el sosiego ante una situación de vida o muerte. Muchos samuráis tenían maestros religiosos que les ayudaban a desarrollar una personalidad fuerte y decidida para poder controlar el miedo en situaciones hostiles y peligrosas (Ratti y Westbrook 1994, pág. 157). A esta actitud mental se le conoce, entre otros nombres, como *mizu no kokoro* (水の心), ‘un espíritu como el agua tranquila’, expresando un estado de percepción inmutable en el que todo se evalúa sin dejarse distraer por nada. Siguiendo la metáfora, como el reflejo del paisaje en un lago calmado que proyecta cada detalle y cada movimiento sin ningún tipo de esfuerzo (Ratti y Westbrook 1994, pág. 441). Este principio de independencia mental solo era alcanzable si se eliminaba el principal obstáculo para una acción fluida: el miedo a la muerte. Gracias a la doctrina del Zen, los samuráis desarrollaron la capacidad de no dejarse frenar por la autoconservación en el campo de batalla, además de técnicas de concentración para disparar una flecha certera o entablar un combate individual. No obstante, esta práctica del Zen difería mucho de la de los monjes, pues los samuráis buscaban por encima de todo convertirse en guerreros implacables (Ratti y Westbrook 1994, pág. 551).



Figura 10: El samurái Ishikawa Sōsuke Sadatomo luchando hasta la muerte. Del autor Utagawa Kuniyoshi alrededor de 1848. Tomada de Art Gallery of Greater Victoria, Victoria, Columbia Británica, Canadá (<https://aggv.ca/emuseum/objects/9815/ishikawa-sosuke-sadatomo>).

Gran cantidad de maestros de artes marciales han defendido a lo largo de la historia japonesa que la práctica del *bujutsu* era mucho más que el aprendizaje de habilidades y

métodos puramente técnicos. Señalaban que el ejercicio de las artes marciales servía para desarrollar la moralidad de los alumnos, y formar personas justas en armonía y paz con la vida. Este sistema ético que añade un campo de estudio metafísico al entrenamiento del *bujutsu* (武術) es conocido como *budō* (武道). Ambos términos comparten el primer ideograma (*bu* - 武), que engloba a la clase samurái, pero difieren en el segundo ideograma: *jutsu* (術), que es normalmente traducido como técnica o habilidad; en cambio, el segundo ideograma (*dō* - 道) es traducido literalmente como camino, pero también hace referencia a una doctrina espiritual que se podría interpretar como ‘el Camino’. Las bases intelectuales de esta ideología está claro que provienen de las filosofías orientales como el confucianismo, el taoísmo y el budismo, las cuales promueven un absoluto respeto por la vida a la vez que despreocupación por la muerte.

En este punto, los autores Oscar Ratti y Adele Westbrook hacen una diferencia entre la teoría y la práctica, argumentando que si bien es cierto que hubo maestros que lograron armonizar el *jutsu* con el *dō*, la mayoría de los practicantes se quedaban solo con la estética representada en meros rituales formalistas. Esto es debido a que la sociedad japonesa, jerárquica y particularista por la naturaleza innata del clan, adaptó a su manera estas filosofías universales e igualitarias provenientes de China. En el caso del confucianismo, los funcionarios chinos se ganaban sus puestos por medio de una oposición que no tenía en cuenta el origen de nacimiento, y el rango social dependía directamente de la virtud de la persona, incluido el emperador. Japón adaptó el confucianismo de tal manera que reforzó la transmisión hereditaria de cargos y la jerarquización de la sociedad. En el caso del taoísmo, en China sirvió como un método de perfeccionamiento humano en consonancia con la naturaleza, mientras que en Japón se adaptó como una forma de expresión estética y artística. Y en el caso del budismo, la doctrina de renuncia promulgada por Buda, se transformó en el desprecio a la muerte que caracterizaba a los perfectos guerreros japoneses. “*En realidad, los japoneses fracasaron en captar y desarrollar “todas las implicaciones del pensamiento hindú y chino” (Suzuki, 307), esta deficiencia , en opinión de Suzuki, ayuda a explicar por qué, en general, “el carácter japonés... no pudo imponerse en el plano intelectual y racional”*” (Ratti y Westbrook 1994, pág. 501).

Solo de manera específica e individual “*el bujutsu también se convirtió en una disciplina de integración que trataba de fomentar el desarrollo de la personalidad de un hombre adoptando cierto punto de vista filosófico respecto al significado de la existencia y al papel del hombre dentro de esa estructura.*” (Ratti y Westbrook 1994, pág. 515). Sobre todo durante la última etapa de la era Edo, cuando el *bujutsu* tradicional se había quedado

anticuado y las escuelas se renovaron adaptándose a estas concepciones metafísicas. El caso del *kyūdō* y el *kendō* es el más representativo, ya que ambas artes, practicadas sin ánimo de ser usadas en el campo de batalla y bajo la enseñanza de maestros más espirituales que marciales, evolucionaron hacia disciplinas de coordinación mental y espiritual que incluso hoy en día demuestran tener gran importancia dentro de la sociedad japonesa (Ratti y Westbrook 1994, pág. 254).

Dos maestros, una vía

A modo de complemento y ejemplo práctico del apartado anterior, este siguiente apartado se enfoca en comentar dos fuentes primarias de la época (siglo XVII). Son dos tratados de artes marciales escritos por dos de los más grandes maestros de *kenjutsu* de todo Japón: Yagyū Munenori y Miyamoto Musashi, ambos guerreros que vivieron a caballo entre estas dos épocas de grandes cambios sobre las que ha versado el trabajo.

Yagyū Munenori (1571-1646) fue un samurái cuyo clan poseía una rica tradición marcial. Su padre le enseñó el estilo de *kenjutsu Shinkage-ryū*, y bajo la dirección de Munenori este método se convirtió en una de las dos escuelas oficiales patrocinadas por el shogunato. Fue instructor de artes marciales de Tokugawa Hidetada, segundo *shōgun* e hijo de Ieyasu, y también fue consejero del tercer *shōgun*, Tokugawa Iemitsu. En 1632 plasmó sus conocimientos y los preceptos de su escuela en el libro *Transmisión familiar en el arte de la guerra*, un libro que, aunque no era secreto, fue escrito exclusivamente para sus descendientes. “*Lo escrito en estos tres volúmenes es un libro que no va a salir de la casa. Sin embargo, no significa que el camino sea secreto, sino que la discreción preserva la transmisión del conocimiento. Si el conocimiento no se transmite, es como si no existiera libro alguno. Que mis descendientes mediten bien acerca de esto.*” (Yagyū 1994, pág. 20). Bajo mi entendimiento, que el camino no sea secreto se refiere a que todos tenemos la oportunidad de buscarlo y transitarlo, pero el hecho de que permanezca discreto previene de que sea contaminado por juicios externos y de que se manipule para fines personales o egoístas.

Los detalles tempranos de la vida de Miyamoto Musashi (1584-1645) son más escasos, pero se sabe que también recibió instrucción marcial de su padre hasta los siete años, cuando este falleció o desapareció. Desde entonces, Musashi continuó sin maestro alguno el camino de la espada, y desde los trece años hasta los veintinueve participó en unos sesenta duelos a muerte contra otros espadachines, de los cuales no perdió ninguno (Miyamoto 2021, pág. 10).

Mediante su propia experiencia fue conformando las bases de su propio estilo, bautizado por él mismo como *Niten ichi ryū* (traducido como ‘dos cielos, una escuela’). En 1643, cuando tenía alrededor de sesenta años, puso por escrito su conocimiento en *El libro de los cinco anillos*, un tratado que dejó como legado a los estudiantes de su escuela y a todo aquel que estuviera interesado en seguir la vía del código marcial.

Ambos libros nos hablan de aspectos técnicos como saber leer las intenciones del adversario, los ritmos que hay que seguir en un combate, como blandir el sable, etc... Pero lo realmente interesante es la perspectiva filosófica que transmiten los dos tratados. Tanto uno como otro inciden constantemente en el control de la mente y en el trabajo interior, más incluso que el enfoque técnico. De hecho, Musashi, en su libro, reflexiona sobre esta dimensión: “*A partir de los treinta años me dio por reflexionar sobre los combates librados hasta entonces. Llegué a la conclusión de que mis victorias no se habían debido a mi superioridad en el dominio de las artes marciales. ¿No sería todo, más bien, la consecuencia de mi conocimiento innato del código marcial y del hecho de no haberme separado nunca de la observancia de sus principios?*” (Miyamoto 2021, pág. 11).

Para los dos autores, los principios del código marcial brotan de las mismas aguas que los preceptos del budismo Zen. Consideran la vía del código marcial como uno de los caminos para liberarse del apego, la enfermedad de la mente. Ambos maestros insisten en el vacío interior, dejando a un lado tanto juicios y opiniones como la posesión de objetos materiales y personas. Así, progresivamente, brotará en nosotros la iluminación, y en cualquier aspecto de nuestra vida seremos invencibles. “*Cuando las personas están iluminadas, todo lo que hacen, todas sus acciones físicas serán directas. Si las personas no son rectas, difícilmente se las podrá llamar iluminadas. La mente recta, directa, es llamada la mente original o la mente del Camino. La mente contaminada, desviada, es llamada falsa o errática, y es la mentalidad humana ordinaria.*” (Yagyū 1994, pág. 95).

No solo en estos textos, sino también en la mayoría de escritos que hablan sobre el Zen, suele ser necesaria una intuición para comprender las palabras. Es posible que de manera innata Musashi tuviera esta intuición, lo que le habría hecho ganarse el título del espadachín más famoso de todo Japón. “*Hay que mantener el interior de tu corazón limpio y abierto, y asentar la sabiduría o inteligencia en un lugar espacioso. Ante todo, es necesario pulir tanto el corazón como esta sabiduría, distinguiendo entre las cosas razonables e irrazonables que hay en el mundo, discerniendo entre el bien y el mal de los asuntos que nos rodean, y conociendo las diferentes técnicas de todas las vías del mundo. Entonces, no podrás ser engañado por nadie y por primera vez estarás imbuido de la sabiduría del Código Marcial*

en el cual abunda en aspectos tan diversos y exclusivos. En el arte de la guerra es imperativo aprender a conservar un estado de ánimo inamovible y firme aún en medio del fragor del combate. Esto se consigue refinando los principios del Código Marcial.” (Miyamoto 2021, pág. 45)

En el caso de Munenori, es sabido que mantuvo correspondencia y relaciones de amistad con un monje Zen llamado Takuan Sōhō, el cual posiblemente le instruyó en todos estos aspectos metafísicos que luego Munenori encontró de gran utilidad en la práctica de las artes marciales. *“Numerosos aspectos de las artes marciales corresponden al budismo Zen, particularmente el rechazo del apego y del quedarse morando en las cosas. Este es el punto más urgente. El desapego se considera fundamental.”* (Yagyū 1994, pág. 118).

A pesar de que ambos maestros coinciden en la base filosófica del Zen, difieren en algunos aspectos relacionados con la utilidad práctica del *kenjutsu*. En el caso de Musashi, el objetivo es claro: el perfeccionamiento de la técnica y la victoria. *“El espíritu de llevarse el triunfo es fundamental en la enseñanza de mi escuela.”* (Miyamoto 2021, pág. 31), y como este hay varios ejemplos de la misma idea a lo largo de su libro.

En el caso de Munenori, la finalidad de la práctica del sable entra en un concepto más puro, más trabajado, más budista incluso. Y es que siendo las armas instrumentos de muerte, ¿cómo pueden ser parte del Camino del Cielo (refiriéndose al budismo), que es el camino que da la vida a los seres?. En su libro lo explica como “la espada que da la vida”. Esta idea es básicamente que si la muerte de una persona puede beneficiar a una sociedad, no hay inconveniente ante los ojos del camino del Cielo. Expresado en palabras de Munenori: *“Aunque con la brisa estival los capullos florecen y crece el follaje, al llegar las heladas de otoño, las hojas caen y los árboles languidecen. Este es el criterio de la naturaleza. Y es así porque hay una lógica en la destrucción de aquello que ha sido completado.”* (Yagyū 1994, pág. 13).

De esta manera se ilustra cómo dos de los grandes maestros de las artes marciales de Japón estuvieron estrechamente relacionados con la doctrina Zen del budismo. Aunque las motivaciones personales de la práctica del *kenjutsu* puedan ser diferentes para cada persona, esta filosofía latente hizo que, como bien antes se ha comentado, se evolucionara del *jutsu* al *dō*, haciendo de las artes marciales disciplinas de perfeccionamiento tanto físico como mental.

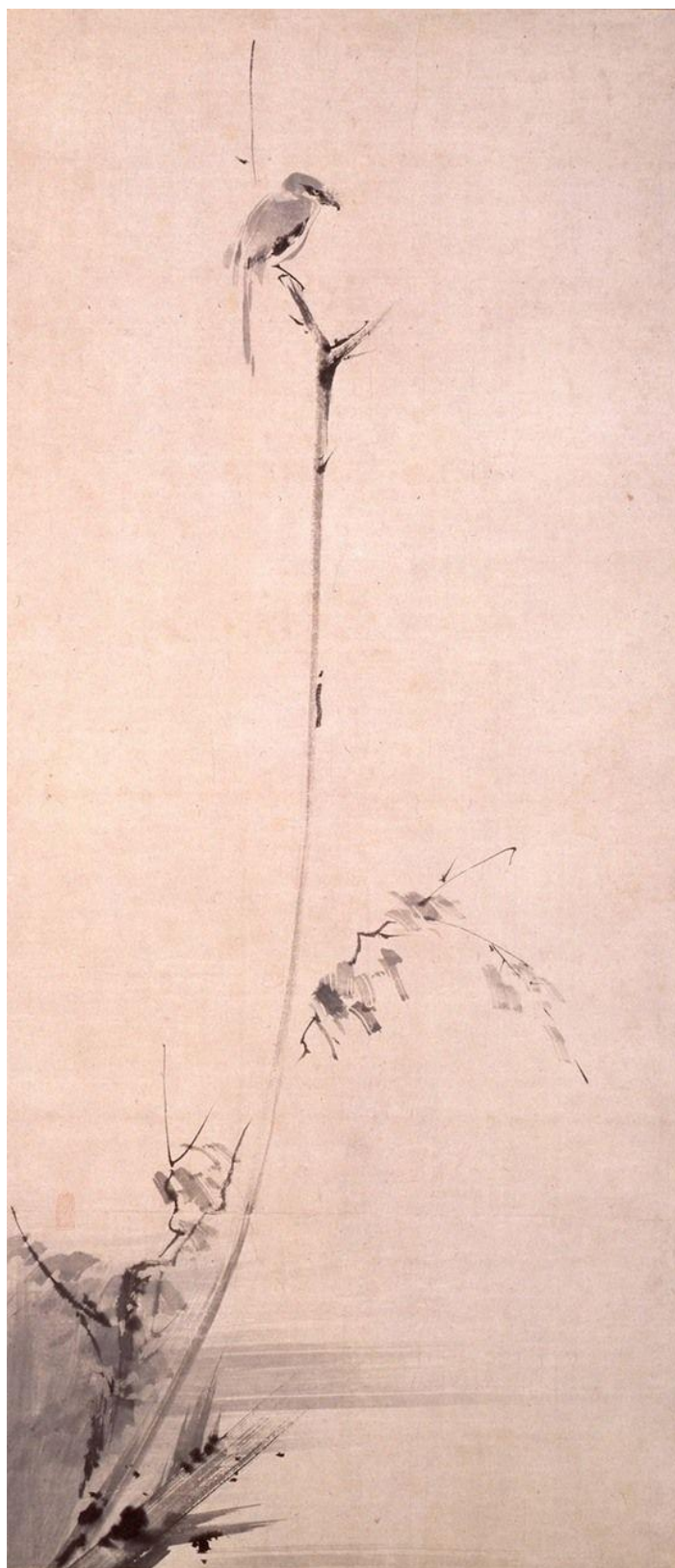


Figura 11: Alcaudón en una rama seca, del autor Miyamoto Musashi, colección del Museo de Arte Conmemorativo Kuboso, de Izumi, Japón. Tomada de Nippon.com (<https://www.nippon.com/es/japan-topics/g00689/>).

Conclusión

En la historia japonesa, 1600 es una fecha de gran importancia. La batalla de Sekigahara supuso el ascenso al poder del tercer y último gobierno militar de Japón. Después de más de cien años de constantes guerras entre los *daimyō*, Tokugawa Ieyasu culminó la unificación del país que habían empezado tanto Oda Nobunaga como Toyotomi Hideyoshi. El establecimiento de una nueva era, con capital en Edo, trajo consigo un periodo de paz con multitud de cambios políticos, sociales y económicos.

En el ámbito social, lo más destacable fue la división de la población en estamentos a los que se pertenecía por nacimiento. Los samuráis pasaron a conformar la punta de la pirámide jerárquica, muchos de ellos podían vivir sin trabajar gracias a los estipendios que recibían del estado, además de ser la única clase con derecho a portar espadas, lo que cada vez más se fue asociando con la clase samurái y su estatus.

En el ámbito político, las múltiples desavenencias entre los japoneses y los extranjeros, generalmente portugueses vinculados al cristianismo, desencadenó que desde principios de siglo se fuera restringiendo el comercio y la actividad extranjera en el país, hasta que en el año 1639 finalmente la política de aislamiento de Japón se aplicó de manera férrea, aunque con algunas excepciones que no incluían el cristianismo.

En el ámbito económico, los samuráis, al cesar las guerras, se convirtieron en una clase improductiva pero que tenía que ser mantenida, y fue siendo progresivamente superada por las riquezas de la clase comerciante. Artesanos, comerciantes y campesinos ricos se fueron agrupando cada vez más en las ciudades, conformando una nueva cultura plebeya que se manifestó en la pintura, la escritura, el teatro, etc...

Para mantener el orden y la paz, Tokugawa Ieyasu potenció el estudio del neoconfucianismo, una filosofía política para el control del pueblo que, a grandes rasgos, pone énfasis en la necesidad de que cada ciudadano cumpla con los deberes de su estatus para el correcto funcionamiento de la sociedad. De esta manera también se intentaba evitar la sensación parasitaria de los samuráis en una época de paz, y pasaron a ser vistos como ejemplos del buen comportamiento caballeresco. La mayoría de los samuráis recibían una educación asociada a su estatus, que incluía la lectura de los clásicos chinos, la escritura, la medicina, la matemática, etc... Y sobre todo eran educados en cómo actuar, en los modales y en la cortesía.

La práctica de las artes marciales nunca se dejó de lado, aunque sí es cierto que se estandarizó y adaptó a las circunstancias de una época en la que ya no había guerras a gran escala. Con el tiempo, la reminiscencia de la filosofía Zen asociada a las artes marciales se extendió a sus practicantes, y las técnicas fueron reinterpretadas como una vía para el refinamiento del carácter y el perfeccionamiento del espíritu interior. Expresado en caracteres japoneses, es el paso de la técnica (*jutsu* - 術) al Camino (*dō* - 道). Como ejemplo de esto, dos de los grandes maestros de artes marciales de la época, Yagyū Munenori y Miyamoto Musashi, imbuyeron sus escritos con la filosofía budista, dejando un legado atemporal que conforma la base espiritual de las artes marciales. En palabras del mismo Munenori: “*La mente falsa es la enfermedad de la mente; liberarse de esta mente se llama liberarse de la enfermedad. Eliminada la enfermedad, la mente es saludable. Esta mente sana se llama mente original. Si estás de acuerdo con la mente original, te destacarás en las artes marciales. Este principio se cumple en todos los terrenos, sin excepción*” (Yagyū 1994, pág. 101).

Bibliografía

- Almarza, Rubén (2018). *Breve Historia del Japón Feudal* (1.^a ed.). Madrid: Nowtilus.
- Andressen, Curtis (2002). *A short history of Japan, from samurai to Sony* (1.^a ed.). Canberra: Silkworm Books.
- Barlés, Elena y Almazán, David (coord.) (2008). *La mujer japonesa. Realidad y Mito* (1.^a ed.). Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza. (Publicaciones del Grupo Japón de la universidad de Zaragoza <https://gi-japon.unizar.es/publicaciones/>)
- De Bary, William Theodore, Carol Gluck y Arthur E. Tiedemann (2005). *Sources of Japanese Tradition: 1600 to 2000* (1.^a ed.). Nueva York: Columbia University Press.
- Cleary, Thomas (1992). *El arte japonés de la guerra. Sabiduría de la estrategia* (1.^a ed.). Madrid: Editorial EDAF.
- Cleary, Thomas (2009). *La sabiduría del samurái. Cinco textos clásicos de la cultura guerrera japonesa* (1.^a ed.). Barcelona: Editorial Kairós.

- Farris, William Wayne (2009). *Japan to 1600. A Social and Economic History* (1.^a ed.). Honolulu: University of Hawaii Press.
- Gaskin, Carol (2004). *Breve historia de los samuráis* (1.^a ed.). Madrid: Nowtilus.
- Gordon, Andrew (2003). *A Modern History of Japan: from Tokugawa Times to the Present* (1.^a ed.). Nueva York: Oxford University Press.
- Hane, Mikiso (2003). *Breve historia de Japón* (2.^a ed.). Madrid: Alianza Editorial.
- Hanley, Susan B (1991). *Tokugawa society: material culture, standard of living, and life-styles* (1.^a ed.). Cambridge (Reino Unido): Cambridge University Press.
- Jansen, Marius B (2000). *The making of modern Japan* (1.^a ed.). Cambridge (Estados Unidos): Harvard University Press.
- Junqueras, Oriol, Madrid, Dani, Martínez, Guillermo, & Pitarch, Pau (2012). *Historia de Japón. Economía, política y sociedad* (1.^a ed.). Barcelona: Editorial UOC.
- López-Vera, Jonathan (2017). *Historia de los samuráis* (2.^a ed.). Gijón: Satori.
- Miyamoto Musashi (2021). *El libro de los cinco anillos* (1.^a ed.). Gijón: Satori.
- Pérez, Andrés (2020). *Japón es su Historia* (1.^a ed.). Gijón: Satori.
- Ratti, Oscar, & Westbrook, Adele (1994). *Los secretos del samurai. Las artes marciales en el Japón feudal* (1.^a ed.). Madrid: Alianza Editorial.
- Sadler, Arthur L. (1980). *The Maker of Modern Japan. The Life of Shogun Tokugawa Ieyasu* (1.^a ed.). Rutland (Estados Unidos): Charles E. Tuttle Company.
- Seco Serra, Irene (2012). *Historia breve de Japón* (1.^a ed.). Madrid: Sílex.
- Suzuki, Daisetz T. (2020). *El Zen y la Cultura Japonesa* (1.^a ed.). Gijón: Satori.
- Totman, Conrad D. (1988). *Politics in the Tokugawa Bakufu, 1600-1843* (1.^a ed.). Berkeley: University of California Press.
- Whitney Hall, John (2010). *El imperio japonés* (9.^a ed.). Madrid: Siglo XXI.

- Yagyū, Munenori (1994). *Transmisión familiar en el arte de la guerra* (1.^a ed.). Buenos Aires: Editorial Troquel.
- Wert, Michael (2020). *Samurai: Una Historia Breve* (1.^a ed.). Madrid: La Esfera de Los Libros.